

no habitaban por consiguiente todas las partes del universo. Sin necesidad de confinar al linaje humano, como lo quería Vossio, en los límites de la Siria y de la Mesopotamia, lo cual es una exageracion manifiesta é inadmisibile, no estamos sin embargo obligados á admitir que hubiera hombres en todos los rincones del mundo, y que el diluvio haya debido anegararlo todo. Sin aceptar, pues, un diluvio de tal manera reducido, que no hubiera ni aun invadido, como pretendia Vossio, la centésima parte de los continentes, puede admitirse que las aguas del diluvio cubrieron simplemente la casi totalidad del globo. Refiérese que M. Mabillon, que se encontraba en Roma en 1685, en el momento en que la Congregacion del Index era convocada para examinar las doctrinas de Vossio relativas al diluvio, fué invitado para emitir su parecer. El sábio benedictino expuso á los consultores las razones que podian hacerse valer contra Vossio, así como aquellas que militaban en favor de este. Si él ha propuesto su sistema, decia Mabillon respecto de Vossio, ha sido únicamente para responder con mayor facilidad á las objeciones de los impíos; él lo presenta sólo como verosímil; nada dice de injurioso contra la Iglesia católica, ó contra la opinion admitida. No pudiera negarse, añaia, que las expresiones *toda la tierra, todas las montañas, toda carne*, puedan entenderse solamente de la tierra habitada; que es asaz frecuente en la santa Escritura, conforme decia ya San Agustin, el emplear tocante á la parte expresiones que no convienen más que al todo, *Scriptura mos est ita loqui de parte tanquam de toto*. (*De Genesi ad Uteram*, lib. IV); y que Cayetano, con muchos doctores católicos, excluyen de la inundacion algunas cimas de las más elevadas montañas, *cacumina montium supereminentium*, etc., etc. Mabillon inferia de dichas consideraciones que no hay necesidad de tomar demasiado rigurosamente al pié de la letra las palabras de la Escritura, como si nada hubiera escapado al diluvio; que por otra parte la Iglesia, no habiendo jamás definido nada formalmente dog-

mático sobre este punto, ni pronunciado censura alguna contra aquellos que limitaban el diluvio á la porcion de la tierra habitada en tiempo de Noé, y que por último, la opinion de Vossio no habiendo sido impugnada hasta entonces, es decir, durante treinta años, por doctor católico alguno, sino solamente por los protestantes, no habia peligro alguno en el aplazamiento de la causa; que valia más dejar dicha opinion sin censurarla, y no mezclarse en una contienda enconada sólo por los enemigos de la Iglesia. En su compendio de la vida de Mabillon, M. Massart afirma que los cardenales sentenciaron segun el sentir de aquel. El P. Tournemine, en el *Diario de Treves*, atestigua por el contrario que, aunque Mabillon hubiera hecho grandes esfuerzos, y expuesto todo lo que podia disculpar á Vossio, su parecer no fué seguido, y que los diversos opúsculos en los cuales Vossio trata la cuestion del diluvio fueron puestos en el Index por el decreto del 2 de Enero de 1686. No es posible, sin embargo, inferir de dicho decreto que el fondo de la opinion de Vossio, defendido por Mabillon sobre la no-universalidad absoluta del diluvio, haya sido formalmente censurada, dado que en sus opúsculos, Vossio defendia otras tesis, entre las cuales hállanse proposiciones más ó menos dignas de censura, y que la manera con que él sostiene allí su opinion es tal, que podia incontestablemente merecerle alguna reprension. Así, por ejemplo, él no se concreta á manifestar su opinion como más verosímil, sino que dá al comun sentir ciertas calificaciones que pueden ser consideradas como injuriosas, puesto que lo reputa como un absurdo, como una sinrazon, que dá una falsa idea de la grandeza de Dios. Vossio, finalmente, circunscribia por demás su diluvio; él queria que en los tiempos de Noé, no hubiera otro país habitado que la Siria y la Mesopotamia; y que por consiguiente las aguas del diluvio no hubiesen alcanzado la centésima parte del globo; ello no hubiera sido ya evidentemente el diluvio universal atestiguado por la tradicion y la historia.»

En resumen, la Iglesia jamás ha definido como dogma de fé que el diluvio mosáico haya sumergido absolutamente todas las partes del globo, aun aquellas que no estaban habitadas; de suerte que en el caso de que no se viera ningun otro medio para resolver las dificultades (porque, añade el abate M. Glaire, existen algunas de reales, y las respuestas que se les opone ordinariamente no son tal vez asaz perentorias), pudiérase legítimamente recurrir á la opinion contraria, que suministra algunas soluciones incontestables, bien que inadmisibles en la tesis de la universalidad absoluta del diluvio. El abate M. Maupied, por su parte (*loc. citato*, pág. 86), cree poder inferir de una discusion razonada que la universalidad del diluvio no es presentada por Moisés como esencialmente absoluta, sino solamente como relativa á la especie humana. «Desde entonces, nosotros podemos admitir que el Asia era la única region habitada por la especie humana; que ella podia hallarse en aquella época rodeada de montañas por todos lados, y que algunas dislocaciones del suelo, abrazando una grande extension (añádase, siquiera, varias dislocaciones auxiliadas de las lluvias torrenciales, dado que la lluvia es el elemento más esencial del diluvio de Moisés), hicieron perecer á todos los hombres y animales, al paso que los animales que vivian sobre los demás puntos de la tierra se libraron del diluvio que no habia sido enviado para ellos.» Yo felicito sinceramente á mi sábio colega por haber añadido: «Nosotros debemos hacer observar que no teníamos necesidad de esta respuesta para defender la tradicion; sólo la aducimos como una superabundancia de pruebas á fin de mostrar que, bajo cualquier punto de vista que se le considere, el sagrado texto permanece inatacable.» En efecto, las únicas dificultades reales serian por una parte la insuficiencia de las aguas, y por otra la insuficiencia de la capacidad del arca. Pues bien: 1.º Admitiendo que las cordilleras gigantescas de la Europa, América, África y Asia central, no existian antes del diluvio, y que

ellos son, por el contrario, una consecuencia de dicho diluvio, encontramos sobradamente las aguas subterráneas en las aguas de los océanos, en las aguas inferiores de la atmósfera, y en las aguas superiores de los espacios celestes mucha más agua de la que se requiere para cubrir la tierra con las más elevadas de sus montañas ordinarias ó primitivas; 2.º Cuando muy pronto tratáremos de las dimensiones y de la capacidad interior del arca, tendremos forzosamente que reconocer que el más grande de los navios que haya jamás existido, incluso el *Great Eastern*, el gigante de la marina moderna, fué probablemente encargado y construido en la prevision de un diluvio absolutamente universal en términos que él seria tambien un esfuerzo colosal inútil en la hipótesis de un diluvio limitado, circunscrito á la Siria y Mesopotamia, como queria Vossio, ó aun al Asia entera, como indicaba el abate M. Maupied.

Hay otro sistema de diluvio limitado que su autor, M. Schæbel, exegeta erudito y distinguido, ha expuesto en tres pequeños tratados (*de la Universalidad del diluvio*, Paris, en casa de Pascal Duprat, años 1858 y siguientes). Dicho sistema está fundado enteramente en la diferencia esencial que el autor establece entre las dos denominaciones de la tierra *Adama* y *Arelz*, empleados indistintamente en la reseña del diluvio. M. Schæbel divide al género humano en dos razas absolutamente distintas: la raza adámica ó sética, que comprende todas las razas coloradas y blancas, y la raza calúta ó negra, que, según él, no ha podido formarse naturalmente, sino que es de constitucion divina, en el sentido de que el signo marcado por Dios sobre Cain hubiera sido el conjunto de los rasgos característicos de las razas negras, la frente deprimida, la nariz achatada, los labios salientes y gruesos. Lo mismo que la raza humana, la tierra sería doble: Adama fuera la tierra habitada exclusivamente por los selitas, y *Arelz* la tierra habitada por los cainitas; y hé aquí ahora el edificio que M. Schæbel levanta sobre esa doble base. Cain es

maldecido y expulsado del suelo adámico (Adama), él será fugitivo sobre el globo (Aretz). Un hijo nace á Adan en sustitucion de Abel; él adora á Jehová, y su generacion se esparce sobre el suelo adámico (Adama). La corrupcion introducese en la raza electa, y esa corrupcion llega á tal extremo, que Dios se decide á destruir con el diluvio á los hombres que habitan la tierra adámica. La raza cainita, que no moraba sobre el suelo adámico, no fué engullida toda entera. Hé aquí porque en ciertas tradiciones antiguas, los miao, los vraigas, los tizocnellizecas y los quinametinos son designados como antediluvianos. Hé aquí porque una tradicion egipcia, conservada en el *Tiempo* de Platon y por Teodoro de Sicilia (lib. I-X), dice que el mediodía del Egipto no fué invadido por el diluvio.

M. Schöbel no deja de experimentar algún temor sobre la ortodoxia de su sistema; él cree que pudo equivocarse, y se sujeta de antemano al juicio de la Iglesia infalible. Permítanos, pues, decirselo: sólo tiene en su abono una apariencia engañosa, tanto más engañosa que las dos palabras *Adama* y *Aretz* están tomadas sin cesar una por otra. Su hipótesis es absolutamente gratuita: nada la apoya, nada la autoriza, nada sobre todo la hace necesaria ó útil. No es él el primero que ha visto en el signo de Cain los rasgos ó el tipo de la raza negra, mas él es el primero, y nosotros no le felicitamos porque ha tenido la ocurrencia un tanto extraña de hacer escapar á las aguas del diluvio la descendencia de aquel que, como él mismo se ve forzado á atestiguarlo, fué la causa principal del diluvio, de aquel del cual está dicho en el Libro de la Sabiduria (cap. X, v. 3 y 4): «Cuando el injusto en su cólera se separó de ella, él pereció por la violencia que le arrastró al homicidio de su hermano. Cuando á causa de él la sabiduría salvó de nuevo á la humanidad entregando al justo á un leño vil.» La opinion comun es que la depravacion de los adamitas ó hijos de Seth tuvo por origen su alianza con las doncellas cainitas. Permítame M. Schöbel añadir que es de fé ó casi de fé que la unidad de la especie huma-

na es doble, conforme nosotros lo hemos ya establecido, adámica á la vez y noáquica; que hay por consiguiente cierta temeridad en afirmar, sobre todo sin necesidad ó sin utilidad, que ciertas razas humanas sean antediluvianas.

El Diluvio en sus relaciones con la Geología.

La conclusion natural de todo lo que precede es esta: El diluvio de Moisés, hecho histórico incontestable, hecho que las tradiciones judaicas que celebraron siempre y celebran todavia cada año su memoria, nos hacen casi tocar con el dedo, es una inundacion sobrenatural en su fin, natural á la vez que milagrosa en sus agentes físicos, que pudo ser natural y cubrir toda la tierra, pero que pudo ser limitado á la tierra habitada, extendiéndose á las cimas de las montañas más elevadas, que no fué necesariamente acompañado de los trastornos del globo que se le atribuyen, que muy probablemente no destruyó el reino vegetal, y que por consiguiente no engendró necesariamente los depósitos llamados diluvianos, cuya presencia la geología parece haber atestado casi en todas partes, el diluvio no es de ninguna manera desmentido por la ciencia. ¿Será menester ir más lejos? ¿Será preciso, como hacen muchos apologistas de la revelacion, esperar y solicitar de la geología pruebas de la realidad del diluvio? Nosotros no vacilamos en decir que no.

El diluvio nada tiene que ver con la geología; la geología habia terminado hacia mucho tiempo cuando el diluvio sobrevino, y nosotros aprobamos enteramente las palabras del M. abate Maupied, cuando dice (pág. 47): «No pretendemos de ningun modo probar el diluvio por la geología. El diluvio es ante todo un hecho moral é histórico; la geología no podrá desmentirlo jamás, bien que no nos atrevemos tampoco á decir que ella pueda jamás confirmarlo. «Nosotros aceptamos el testimonio de los geólogos sensatos y reservados que no reparan en decir con M. Bendant (*Mineralogía y Geología*, 13.^a edicion, pág. 331): «Puesto que, aun

BIBLIOTECA CENTRAL
UNIVERSITARIA

prescindiendo de cuanto ha escapado hasta aquí á las investigaciones de la ciencia, la observacion nos muestra claramente en Europa una série de movimientos sucesivos del suelo que han modificado toda esta parte del mundo y varias otras ó todo un hemisferio, nada hay de absurdo en admitir que lo que tuvo lugar en tantas ocasiones diferentes, desde las épocas más antiguas de formacion hasta las más modernas, haya sucedido una vez en algun punto desde la aparicion del género humano sobre la tierra. Por consiguiente, nada hay tampoco de contrario á la razon en la creencia de una grande erupcion de las aguas sobre la tierra, de una inundacion general, de un diluvio, en fin, que se encuentra no sólo escrito en la Biblia, si que tambien profundamente impreso en las tradiciones de todos los pueblos, y, lo que es más notable, en una fecha casi uniforme. Así, al paso que reconocemos en la reseña de Moisés circunstancias extraordinarias que indican la intervencion sobrenatural de la voluntad divina para castigar al género humano, nosotros vemos por un lado la posibilidad material de ese terrible acontecimiento, y por otro descubrimos el secreto mismo de los medios que pudieron ser puestos en juego, es decir, los levantamientos, los hundimientos, las oscilaciones que las aguas pudieron experimentar, y que se convierten desde entonces en instrumentos de la justicia del cielo. Si bien no es casi posible atribuir aquella gran catástrofe al sistema de levantamiento del Ténaro, el cual, dislocando algunos depósitos donde se encontraban ya algunos vestigios de la industria humana, solamente ha producido escasos resultados; acaso encontraríase la causa de aquella en la aparicion de los Andes ó de la cordillera volcánica del Asia Central, que, con un desenvolvimiento colosal, ofrecen algunos caracteres bastante asombrosos de novedad relativa.»

Nosotros no consintieramos en hablar el lenguaje de M. Beudant, para nosotros, la causa del diluvio no está donde él la ve, aunque comprendamos por qué piensa así. Mejor comprendemos todavia las prudentes reservas de M.

Constant Prevost, cuando despues de haber combatido las pretendidas irrupciones reiteradas del mar sobre el continente, dice: «Yo no intento hablar de la última catástrofe cuyo recuerdo conservaron casi todos los pueblos, la cual además no ha dejado sobre el suelo huella alguna, y cuyos efectos *bien atestiguados* no prueban de ningun modo la elevacion y permanencia prolongada de las aguas del Océano encima de un suelo anteriormente habitado, para que pudieran formarse sobre este suelo algunos depósitos marinos regulares.» Kmpero, sin ir tan lejos como M. Daubrec, director de la Escuela de Minas, de quien el R. P. Gratry toma estas palabras por demás pretenciosas: «Nosotros trabajamos en este momento para borrar de la lengua (geológica) los *diluvios* y los *diluvium*,» estamos enteramente dispuestos para decir con el ilustre geólogo inglés, M. Sedgwich, «que aún no se han encontrado huellas físicas del gran cataclismo destructor del género humano, cuya relacion nos ha sido trasmitida, no sólo por nuestros Libros santos, sino por las tradiciones de todos los pueblos: acaso no entra en los designios de Dios que las encontremos;» y con M. de Blainville: «Esa conclusion de un diluvio que todo, en las ciencias históricas y tradicionales, demuestra ser cierta, no se halla en geología, en el estado actual de la ciencia, ni probada ni desmentida; y esto vale mucho más que el identificar una doctrina cierta, la de Moisés, con algunos sistemas destructibles de la noche á la mañana.» Si en efecto, como nos parece cierto, la grande inundacion de Moisés no destruyó el reino vegetal, si ella dejó intacta la superficie de la tierra, ó poco menos, si una vez retiradas las aguas, las plantas reaparecieron vivas, ¿no es evidente que los geólogos nada absolutamente tienen que ver con ella, que nosotros hiciéramos mal, muy mal, en pedirles algunas huellas de la misma, así como ellos hicieran mal, muy mal, en objetarnos la ausencia de depósitos diluvianos que no nos son en manera alguna necesarios? En semejante órden de cosas, los cadáveres de los hombres y animales anegados por el diluvio hubieran per-

BIBLIOTECA CENTRAL
M. A. L.

manecido en la superficie del suelo, las carnes abandonadas á las influencias atmosféricas hubieran sido descompuestas por la acción del aire y de la humedad; los huesos á su vez hubieran sido igualmente deshechos y reducidos á polvo. Acaso también dichos restos humanos hayan quedado ocultos debajo de las aguas, y nosotros estemos para siempre dispensados de buscar en todas partes al hombre fósil antediluviano.

Nosotros renunciamos, pues, absolutamente á invocar en prueba del diluvio, no solamente los depósitos antiguos de mariscos que existían antes de él, sí que también la presencia en nuestras regiones de animales que, según se supone, pertenecieron á otros climas; la conservación en los hielos septentrionales de cierto número de rinocerontes y elefantes con sus tejidos orgánicos; los enormes peñascos erráticos, esparcidos sobre el suelo, lejos de las montañas de donde dichas rocas parecen haber sido desprendidas; los restos de animales encontrados en los depósitos de aluvión y en las cavernas, etc.; en una palabra, casi todo lo que el ilustre geólogo Bukland, en un exceso acaso de ortodoxia, apellidaba las *reliquias del diluvio, reliquias diluvianas*.

El abate M. Lambert no es de ninguna manera de nuestro parecer. Él no vacila en admitir que la geología moderna dá la solución definida de la gran cuestión del diluvio, solución que él formula en estos términos (*El Diluvio*, 2.^a edición, pág. 400): «Los hechos que hemos aducido nos han llevado á la conclusión rigurosa de que, así sobre la tierra como en todas las partes del globo, existía un terreno de acarreo llamado *diluvium*, cuya formación no pudiera remontarse más allá del período cuaternario. Hé aquí, pues un hecho establecido universalmente y un primer elemento de pruebas. No deja de ser importante también que encontremos en el *diluvium gris* seres organizados ó análogos á las especies actualmente vivientes; esta prueba tampoco nos falta. En efecto, los restos de animales y sobre todo los de los mamíferos pertenecen á algunos seres

que, en la sucesión animal, aparecieron los últimos, y cuya mayor parte se asemejan á las especies actuales. En vano fuera buscarlos en los terrenos inferiores; son unos animales exclusivamente propios del período cuaternario. ¡Cosa notable! los géneros á los cuales dichos animales pertenecieron todos ellos viven en nuestros días; las especies es lo único que ha desaparecido á excepción de algunas, ó han sido modificadas. Ahí tenemos, pues, una prueba de la aparición reciente de dichas especies, de su relación inmediata con la fauna actual y de la edad relativamente moderna del depósito diluviano y de las cavernas de osamentas contemporáneas á la misma. Indispensable es también, para completar nuestra conclusión, que encontremos en los terrenos diluvianos vestigios de la existencia del hombre. Pues bien, ya hemos visto que en el *diluvium gris* y en las cavernas de osamentas encuentranse en abundancia sílices labrados de mano del hombre y osamentas humanas. La evidencia es completa, y nosotros podemos osadamente inferir que el hombre es contemporáneo de los grandes paquidermos, de los rumiantes y de los carnívoros diluvianos; que él vivió antes de la deposición del *diluvium*, y que él mismo también fué víctima de una inundación, de una invasión de las aguas, cuyo efecto dejése sentir sobre el globo entero. Pues bien, ¿acaso Moisés nos dice otra cosa, sino que hubo en el origen de los tiempos una época en que el hombre fué sorprendido por una inundación que invadió toda la tierra?»

Nada es más cómodo en la apariencia que esa solución geológica del problema diluviano; mas en realidad nada es menos admisible y más peligroso, conforme demostraremos muy luego. El abate M. Lambert sólo acierta á ver dos objeciones, de las cuales se desembaraza con mucha presteza, ¡ay! con demasiada presteza. A la primera de ellas dice (pág. 468): «Es imposible, á juzgar por los hechos naturales, admitir para la formación del *diluvium* y de los terrenos que son posteriores á él un período de tiempo tan

corto como los cronologistas indicaron.» Y el mismo responde sin sospechar siquiera el peligro (pág. 468): «Moisés no se pronuncia en manera alguna establecer un sistema de cronología (y no obstante Moisés dá la genealogía de los patriarcas con su edad). Él quiso legarnos el recuerdo de los hechos primitivos... Dicho sistema, obra de los hombres, no es de fé, nada nos obliga á otorgarle nuestra creencia, pudiendo, aun sin temeridad, considerarlo como erróneo.» Y observa (página 479): «La Vulgata fija la vocacion de Abraham hácia el año 2083 de la creacion; el diluvio, segun la misma cronología, habia ocurrido en el año 1658: es un intervalo de 427 años el que trascurre entre dichas dos fechas. ¿Ese tiempo es suficiente, por ventura, para el desenvolvimiento del período antehistórico... la formacion de los depósitos...? Todos los naturalistas que han estudiado seriamente tales materias no podrian admitirlo, sin negar los descubrimientos más ciertos y los hechos más sólidamente establecidos y probados por la ciencia; se correría el riesgo, siguiendo dicha opinion, de ponerse en contradiccion abierta con la razon. Todo nos induce, pues, á inferir que el hombre es muy antiguo sobre la tierra.» Como se ve, el abate M. Lambert no se para en barras; está enleneramente dispuesto á hacer al hombre tan viejo como se quiera para poner á salvo su explicacion geológica del diluvio.

La segunda objecion, mucho más formidable (porque si algo hay de cierto, es que el diluvio de Noé fué *uno y casi instantáneo*), no le arredra más tampoco; puesto que despues de haber dicho (pág. 464): «Asimismo es igualmente imposible que las capas del *diluvium* hayan sido formadas simultáneamente en todas las regiones del globo. La geología nos enseña que fueron depositadas sucesivamente durante toda la duracion del período cuaternario;» añade sin inmutarse (pág. 481): «Esta conclusion rigurosa de la ciencia en nada puede, segun nosotros, menoscabar la reseña de Moisés... Si quiere sostenerse que la inundacion diluviana tuvo lugar simultáneamente sobre

toda la tierra á la vez, tropiézase con dificultades insuperables... Empero ¿en qué aquella inundacion universal en sus resultados, pero sucesiva en sus desenvolvimientos, pudiera hallarse en contradiccion con la palabra de Moisés? ¿Acaso el diluvio sucesivo durante el mismo período no fué universal, no acabó con el hombre? El diluvio enteramente teórico del abate M. Lambert hubiérase prolongado durante todo el período cuaternario, muchos miles de años. ¿Es ese en verdad el diluvio divino de Moisés, ó no es más bien su negacion? El abate M. Lambert parece al fin no poder disimular cierta inquietud, que no le impide no obstante atribuir alguna probabilidad á su sistema. Mas mi fé, mi conciencia, mi razon, y aun me atrevo á decir, mi saber, me obligan á decir que el diluvio de M. Lambert es la negacion formal del diluvio mosaico, y que envuelve además algunas contradicciones desoladoras, algunos peligros graves.

Conste, pues, desde luego que el diluvio parcial de Vossio difiere enteramente del diluvio universal-parcial del abate M. Lambert. En la creencia del célebre profesor de Leida, el género humano, en la época del diluvio, hallábase confinado en una comarca limitada; no se hallaba esparcido sobre toda la tierra, como M. Lambert supone y admite. Hé aquí por qué Vossio decia: «¿Qué necesidad habia de inundar las regiones que el hombre no habitaba? El diluvio, teniendo por objeto el castigo del hombre, sólo debia tener lugar allí donde se encontraba el hombre culpable.» Vossio admitia igualmente que las más altas montañas de la tierra habian sido cubiertas por las aguas. El diluvio de Moisés comprendido así tiene muchos partidarios, y cuando se admite además con Delac que la porcion de la tierra habitada por los hombres pudo permanecer sepultada debajo de las aguas, la puerta queda cerrada á todas las objeciones de la ciencia humana. Si, como M. Lambert, Vossio hubiera admitido que toda la tierra estaba habitada, habria admitido al mismo tiempo el diluvio absolutamente universal, con todas las montañas cu-

biertas de agua. El abate M. Lambert, él, que encuentra en todas partes al hombre antediluviano, contentase, sin embargo, con un diluvio universal en su extension, sucesivo en su accion, más que moderado en su elevacion, que permanece á una distancia muy grande de la cima de las más altas montañas, ó que sólo las invade por medio de un salto ó un henchimiento inteligente y milagroso de las aguas, siendo así que aquel diluvio debia destruir á un sér humano refugiado en una altura inaccesible. En efecto, la caracteristica del diluvio, para M. Lambert, el terreno verdaderamente diluviano, es el *diluvium-gris*. Pues bien, ¿cuál es la elevacion asignada por la ciencia al *diluvium-gris*? En su *Geologia* (pág. 208), M. Lambert dice que el poder del *diluvium-gris* alcanza de 6 á 8 metros. Él es un poco más generoso en su *Diluvio*. Allí dice (1.^a edicion, página 121): «El terreno diluviano nunca existe más que en los valles, sobre las mesetas de las colinas y á cierta elevacion en las montañas; rara vez llega á una altura de 300 á 400 metros sobre el nivel de los mares.» ¡Qué diluvio tan pobre y tan pequeño! ¿Cómo hubiera podido sumergir á un solo hombre, admitiendo, conforme decíamos poco há, que él se hubiera animado periódicamente de saltos ó empujes instintivos, inteligentes, milagrosos, á despecho de M. Lambert, que quiere un diluvio enteramente humano, del todo terrestre y sin milagros?

Para M. Lambert, el hombre de los depósitos cuaternarios, de las capas de acarreo ó de los terrenos de aluvion, de las cavernas de osamentas, de las brechas huesosas y de las ciudades lacustres, es igualmente el hombre antediluviano. Dicho hombre antediluviano ¿es preadamita ó adamita? Si es preadamita, ya no será más el hombre del Génesis, el hombre cuyos delitos provocaron el diluvio. Si es adamita, no será en todo caso noáquico, ni será ya el hombre de la dispersion; la doble unidad de la raza humana tan claramente afirmada en la Santa Escritura y en la tradicion cristiana dejará de subsistir. Por otra parte, el hombre de las cavernas de osamentas y

de las capas de acarreo, el hombre del *diluvium* ó del sílice labrado, fué muy probablemente ó casi ciertamente el antepasado del hombre actual. El hombre actual sería, pues, á la vez antediluviano y prenoáquico, lo cual nadie ha admitido todavía. Yo me detengo sin insistir más; puesto que fuera tomar demasiado por lo sério un sistema insostenible y más que temerario. Lo que ha motivado el extravío de M. Lambert es el haber olvidado los límites dentro de los cuales debe encerrarse todo apologista de la religion. «Debe, me escribia el sabio autor de la *Biblia de la naturaleza*, M. Reusch, profesor de teología de la Universidad de Bonn, concretarse principalmente y en general á demostrar que los datos de la ciencia no son contrarios de ningun modo á los hechos de la revelacion.» Ha querido explicar el diluvio por los hechos de la geología; ha querido encontrar en el diluvio colosal y universal de Moisés las inundaciones minúsculas y locales del fin de la época glacial, y su diluvio ha sido necesariamente la negacion del diluvio de Moisés, y la negacion asimismo de la doble unidad adámica y noáquica del género humano todo entero.

El arca de Noé, su construccion, capacidad, cargamento, etc.

El abate M. Glaire declara con sobrada razon que bastaria un dilema muy sencillo para refutar de antemano todas las objeciones de la incredulidad y de la falsa ciencia respecto del arca. Ó el diluvio fué rigurosamente universal ó fué parcial. Si fué universal, debió hacer perecer á todos los hombres y animales; y el mundo animal sólo pudo ser repoblado por los pares de cada género ó de cada especie preservados en una nave, que, gobernada por la Providencia, escapó al desastre general; y dicha embarcacion debió ser construida con la capacidad necesaria para contenerlos á ellos como tambien los alimentos necesarios para su conservacion. Si por el con-

trario el diluvio fué circunscrito, todas las dificultades no quedan ni siquiera desvanecidas y pueden ser suscitadas. Empero, abordemos de frente las objeciones, y probemos hasta la evidencia que aun en el caso del diluvio absolutamente universal carecen de todo valor.

«Que verosimilitud existe, se dice, de que Noé haya podido *por sí solo* construir un buque tan colosal, que el estado actual de nuestra industria permitiría apenas entender? Y sin embargo, muy cierto es que á dicho patriarca va dirigida esta orden divina: «Construye un arca.» ¡Qué argumentacion más irrisoria! Cuando un rey dice á su ministro: construye, equipa una flota, ¿acaso la intencion del soberano pudiera ser tan mal comprendida que deba creerse que el ministro irá solo á hacer la corta en los bosques, á conducir al arsenal y labrar con sus propias manos los árboles necesarios, á redondear el casco de los navios, á levantar sus puentes sucesivos, á enderezar las arboladuras, á tender los cordajes, á disponer los aparejos y bolar, en fin, al agua aquellas formidables máquinas de guerra? Evidentemente Moisés no quiso decir otra cosa, sino que Noé debió quedar abandonado á sus solas fuerzas para la construccion de una arca de 300 codos de largo sobre 50 de ancho y 30 de elevacion. Además, nada nos indica que se hubiera visto reducido á no tener por auxiliares más que á sus tres hijos. Él era bastante rico para contratar un número suficiente de operarios inteligentes y robustos; tenia por otra parte cien años de tiempo para concluir dicho trabajo, y aun en el supuesto de que dichos operarios no hubieran creído en sus predicciones y amenazas, el cebo del salario y su dependencia respecto del amo hubieran bastado para decidirles á prestarle su concurso. Nosotros mismos vemos todos los días obreros que se asocian á algunas empresas que ellos no aprueban, y de las cuales son los primeros en hacer burla.

Si, tomándolo de más lejos aun, se quisiera disputar á las generaciones antediluvianas el poder de construir, bajo la direccion de Noé, un buque de dimensiones colosales, y

si se creyera que los cien años consagrados á aquel inmenso trabajo fueran insuficientes, nosotros recordaremos lo que dejamos ya dicho, 1.º que las ciencias y artes antediluvianas hallábanse incomparablemente más adelantadas de lo que se imaginan los partidarios del progreso continuo: que el mundo primitivo hallábase en posicion del hierro y del bronce; que sabia trabajar esas primeras materias sobre una muy vasta escala; que se habian construido ya algunas ciudades, grandes ciudades, etc.; 2.º nosotros pudiéramos apelar respecto de ello á un testimonio positivo, irrecusable, contemporáneo de las maravillas de la industria y de la mecánica de aquellos tiempos de colosos. «Al pié de las ruinas de Balbek, tan célebre por sus monumentos de arquitectura, que se remontan precisamente á la edad de Noé, pudimos, dice un viajero ilustre, M. de Lamartine (*Viaje por Oriente*, edicion in-12, 1839, tomo II, pág. 24 y siguientes), medir las piedras ciclópeas que forman el pedestal del monumento. Dicho pedestal tiene unos 30 piés sobre la llanura de Balbek: está construido con piedras cuya dimension es de tal manera prodigiosa, que si no estuviera atestigüada por algunos viajeros dignos de fe, la imaginacion de los hombres de nuestros dias sintiérase abrumada por completo por la enormidad de la inverosimilitud: la imaginacion de los árabes mismos, testigos diarios de dichas maravillas, no las atribuye al poder del hombre, sino á la de los génios ó poderes sobrenaturales. Cuando se considera que aquellas moles de granito labrado tienen hasta 156 piés de largo, sobre 15 ó 16 de ancho, y un espesor desconocido, y que dichas masas enormes se hallan colocadas unas encima de otras 20 ó 30 piés del suelo; que ellas fueran extraidas de canteras lejanas, conducidas allí é izadas á una tal elevacion para formar el pavimento de los templos, el ánimo resistese á dar crédito á lo que ven los propios ojos ante una prueba tal de las fuerzas humanas; la ciencia de nuestros dias nada tiene que la explique, y no debe extrañarse que haya necesidad entonces de recurrir á lo sobrenatu-

ral. Dichas maravillas no son evidentemente de la fecha de los templos, eran misterios para los antiguos lo mismo que para nosotros; son de una época desconocida, acaso antediluviana; y sustentaron verosimilmente muchos templos consagrados á cullos sucesivos y diversos. A simple vista reconocense cinco ó seis generaciones de monumentos pertenecientes á algunas épocas diversas sobre la colina de las ruinas de Balbek. *Créese que tales piedras fueron removidas, sea por aquellas razas de hombres que todas las historias primitivas apellidan gigantes, sea por los hombres antediluvianos.* Asegúrase que no muy lejos de allá, en uno de los valles del Anti-Líbano, descúbranse algunas osamentas de un tamaño muy extraordinario. Las tradiciones orientales y el monumento mismo que se levanta sobre el supuesto sepulcro de Noé, á corta distancia de Balbek, asignan dicha morada al patriarca. Los primeros hombres nacidos de él pudieron conservar por largo tiempo todavía la estatura y las fuerzas que la humanidad tenía antes de la sumersion total ó parcial del globo. Aquellos monumentos pueden ser obra de los mismos hombres. Aun suponiendo que la raza humana jamás haya excedido de sus proporciones actuales, los grados ó proporciones de la humana inteligencia pueden haber cambiado. ¿Quién nos asegura que esa inteligencia, cuando era más joven, no habia inventado algunos procedimientos mecánicos más perfectos para remover como un grano de arena esas moles, que un ejército de cien mil hombres no fuera capaz de conmoveer hoy? Como quiera que ello sea, es lo cierto que algunas de dichas piedras de Balbek, que tienen hasta 62 pies de largo y 20 de ancho sobre 15 de espesor, son las masas más portentosas que la humanidad haya removido jamás. Las piedras más grandes de las Pirámides no exceden de 18 pies de longitud.»

¿Acaso el arca de Noé descrita por Moisés era más difícil de construir que las piedras de Balbek no costaron de levantar? Y sin embargo las piedras de Balbek están en

pié. Y allí están como un testimonio viviente y permanente del poder, de la fuerza, de la inteligencia de una raza, cuya existencia, sin Moisés, nosotros no conoceríamos auténticamente y para la cual la construcción del arca no debió ser más que un simple juego. (El abate M. Darras, *Historia de la Iglesia*, tomo 1.º, página 272).

Empero, añádese, que aun admitiendo como un hecho esta construcción maravillosa, jamás el arca hubiera podido contener en su seno el número de animales que supone la conservación de las especies actuales, y que Moisés asegura haber sido encerradas en ella. Fácil será probar lo contrario. Mas ante todo tomemos acta de las proporciones enormes del arca: 300 codos de largo, 50 de ancho y 30 de elevación. El codo de que aquí se trata es incontestablemente el codo sagrado de Moisés, que ya dijimos era igual al codo de la gran Pirámide y al codo de Salomon, largo de 25 pulgadas inglesas, ó lo que viene á ser casi lo mismo, largo de 625 milímetros. Dadas tales condiciones, el arca, con sus 628 pies ingleses ó sus 187,5 metros de longitud, puede ser considerada como el mayor de los buques, á escepcion del *Great-Eastern*, que la industria moderna haya osado construir, debiendo nosotros consignar aquí que al querer superar de algunos pies (el *Great-Eastern* tiene 680 pies de largo) las dimensiones del arca de Noé, el génio marítimo ha hecho un malísimo negocio. ¿Quién ignora, en efecto, cuántas zozobras no ocasionó la operación de botar al agua el *Great-Eastern*, cuántos peligros este no corrió, cuántas reparaciones no debió sufrir, qué causa de ruina no ha sido para las varias compañías que lo han fletado sucesivamente? Además, las proporciones relativas del arca, la relación de 6 á 1, de la longitud á la latitud, y de 3 á 5, de la profundidad á la latitud, son proporciones buenas y armoniosas, puesto que están expresadas por los números simples 2, 3 y 5, y al mismo tiempo son plenamente racionales ó marinas, atendido que son, como la experiencia de los últimos

tiempos ha demostrado, las que constituyen un buque á la vez muy estable y muy velero, es decir, de aquellos que hien den las aguas con mayor velocidad. Hace cien años, la marina hubiérase asustado de una nave cuya longitud hubiera igualado seis veces á la latitud: hoy esta proporción ha venido á ser muy comun. Háse llegado aun á exceder la relación de 6 á 1; se han abordado las relaciones de 7 á 1 y aun de 9 á 1, pero jamás impunemente; porque esos buques tan largos se rompen ó se pierden fatalmente, y siempre han ocasionado un fracaso. En sus dimensiones y proporciones, el arca fué, pues, á la vez un prodigio de fuerza y una obra maestra, ó mejor dicho una inspiración divina, un milagro.

Nosotros nos atrevemos á añadir que dichas dimensiones y proporciones son por sí solas una demostración harto patente, ya de la universalidad del diluvio, ya de la apropiación del arca para las funciones que debía llenar para contener el mundo animal todo entero en sus costados. En efecto: 1.º si el diluvio hubiera sido limitado ó parcial, si la inundación sólo hubiera debido extenderse á la tierra habitada, la tierra adámica ó sética, ¿por ventura el más inmenso de los buques habria tenido su razón de ser? ¿No hubiese bastado por completo una embarcación mucho más pequeña? Las mitologías y las crónicas por su parte, sólo hablan de una simple barca. 2.º La proporción del medio con el fin, el máximo conocido y posible de dimensiones dadas al buque construido con el objeto de contener y conservar un par de todos los animales del mundo, implica necesariamente una capacidad necesaria y suficiente. La crítica debe aquí desarmarse para dar lugar á una admiración profunda. Si la ciencia de Moisés era divinamente inspirada, Dios le habia dado conocimiento del número inmenso de géneros y especies que habitaban la superficie de la tierra, por lo mismo que él le revelaba las dimensiones gigantescas que Noé habia debido dar á su arca. Lo repito, para todo hombre sensato, las dimen-

siones extraordinarias del arca serán una demostración palpable de la universalidad del diluvio, del destino providencial del arca y de su perfecta adaptación al fin que debía lograr. Para afirmar la imposibilidad del arca y del diluvio universal, no es menester ciertamente invocar el número demasiado grande de las especies. Por el contrario, á las dimensiones colosales del arca es á lo que debe pedirse el secreto de la multitud de géneros y especies que poblaban el globo.

Empero no nos contentemos con una demostración indirecta ó *a priori*; abordemos la demostración directa ó *posteriori*, de la capacidad necesaria y suficiente del arca de Noé.

Séame lícito, ante todo, hacer una observación que parece haber pasado desapercibida á todos los defensores de la revelación. Cuando se trata de la creación del reino animal y vegetal; es decir, en el capítulo primero del Génesis, el sagrado texto emplea á la vez y paralelamente las denominaciones de género y especie. Por el contrario, cuando es cuestión de los animales que deben ser introducidos en el arca, la palabra especie al menos en la Vulgata desaparece por completo y ya sólo es cuestión de géneros. ¿Será menester inferir de ahí que los géneros solos fueron conservados, que las especies pudieron rehacerse y se rehicieron consecutivamente? No lo creo así y no me atrevería á decirlo, porque yo admito la invariabilidad de las especies; mas no es menos cierto que pudiera hacerse valer contra los transformistas esa designación exclusiva de los géneros. Pues bien, si de hecho los géneros solos debieron ser introducidos en el arca, toda dificultad se desvanece; sus costados fueron sobradamente espaciosos, aun en el caso del diluvio absolutamente universal. En la cita que he hecho del texto de Filón, he querido subrayar esta frase que no carece de significado, cuando se considera el asunto bajo el punto de vista que acaba de indicar. «Él conocia que la divina

BIBLIOTECA CENTRAL

clemencia quería por lo menos la conservación de los géneros en el caso de que ciertas especies desaparecieran, y que nada pudiera faltar de las obras divinas.»

Empero pasemos ya al cálculo de la cabida del arca, á la demostración matemática de su plena y entera suficiencia. Dicho cálculo ha sido hecho varias veces, entre otros por M. Le Pelletier de Ruan, por el R. P. Journier, en su *Tratado de hidrografía*, etc; y Deluc decía ya en sus primeros ensayos: «Yo conozco los cálculos por los cuales se ha demostrado que el arca podía contener un par de todos los animales, y considero dichos cálculos exactos.» En efecto, reducida á la forma de un cubo, el arca tendría una capacidad de 450,000 codos cúbicos, capacidad enorme, si se la compara á la de las dos grandes galerías que en el Museo de Historia natural de París contienen la casi totalidad de los animales y aves del globo. Hé aquí, por lo demás, el cálculo y razonamiento de M. Le Pelletier reproducidos por el abate M. Maupied, sabio muy competente. M. Le Pelletier hacía el codo de 20 pulgadas francesas ó 54,1 centímetros. Pues bien, 20 pulgadas multiplicadas por 300 hacen 6,000 pulgadas ó 500 piés de largo.

50×20 arrojan 1,000 pulgadas, ó en números redondos, 83 pulgadas de ancho.

500 piés×83 piés hacen 41,500 piés cuadrados por piso, y había tres de ellos sin duda con un fondo de cala.

Su elevación era de 300 codos: demos al fondo de cala 9 codos ó 15 piés, al primer piso 7 codos, al segundo 5 y al tercero 8 de alto.

El fondo de cala hubiera tenido así 500×83×15 ó 622,500 piés cúbicos; podía contener, pues, 622,500 piés cúbicos de provisiones de toda especie.

Respecto del tercer piso que tenía 8 codos ó 13 piés y 14 pulgadas de altura, supongamos en el techo una inclinación de 6 piés y 4 pulgadas, y tendremos 7 piés para la parte inferior, cuya capacidad será 500×83×7 ó 290,500 piés cúbicos.

La capacidad de la parte superior, si ella era rectangular, sería 500×83×5 ó 290 500 piés, que nosotros reduciríamos á la mitad 145,250 piés, para tener en cuenta la inclinación del techo. Las dos partes inferiores y superiores reunidas arrojarán en junto 415,000 piés cúbicos. El fondo de cala nos dá á su vez 622,500 piés cúbicos, y el tercer piso ó puente 415,000 piés cúbicos, lo cual forma para las provisiones un total de 1.037,500 piés cúbicos, ó en cifras redondas, 383,510 hectólitros.

El primero y el segundo piso pudieron haber estado reservados para los animales. Pues bien, el primero tenía 41,500 piés cuadrados; concediendo por término medio á cada animal un cuadro de 6 piés de lado ó 36 piés cuadrados, lo que es mucho conceder, se tendrían alojados holgadamente al menos mil ciento cincuenta y dos individuos, ó sea quinientas setenta especies ó pares.

En el segundo piso consagrado á las aves y á los animales pequeños, podía concederse á cada individuo á lo más 4 piés, y puesto que su superficie es de 41,500 piés cuadrados y su altura de 16 piés, puede suponerse que contuviera tres pisos de jaulas; cada puente habría podido albergar cinco mil ciento ochenta y siete parejas ó especies, y los tres pisos juntos, quince mil quinientas setenta y una especies.

Podemos admitir que el espacio que habrá podido economizarse, renniendo en una misma jaula las especies del mismo género, bastaba de sobras para alojar mil especies de aves, ó diez y seis mil especies de insectos, concediendo á cada insecto 18 pulgadas cúbicas.

De esta suerte llegamos á inferir que diez y seis mil ciento treinta y siete especies animales, mamíferos, aves y reptiles, y diez y seis mil especies de insectos hubieran podido vivir con 383,510 hectólitros de comida, lo cual aseguraba á cada pareja un promedio de 23 hectólitros de lo que hay para alimentar á un hombre durante dos años, dejando 12,379 hectólitros para los diez y seis mil insectos.

Probado está, pues, que el arca podía contener quince

mil quinientas sesenta y una especies de animales grandes y pequeños, y diez y seis mil especies de insectos. Pues bien, el cálculo hecho con el mayor cuidado por el abate M. Maupied, segun Buffon, Lineo, Cuvier y de Blainville, arroja para los séres verdaderamente aéreos ó terrestres, que debieron tomar asiento en el arca, doblando la misma cifra de Lineo, cuatro mil seiscientos veinte especies. Es, por lo tanto, absolutamente cierto que el arca podia sobradamente contenerlas.

Rehaciendo á su manera dicho cálculo, y dando igualmente al codo de Moisés una longitud igual á 20 pulgadas, el vice-almirante Thévenard sacaba esta conclusion: los 300 codos del arca dan 500 piés de largo; los 50 codos, 83 piés de ancho; los 30 codos, 50 piés de elevacion. Estas tres dimensiones componen un volúmen de 2.075,000 piés cúbicos. Repartiendo dicho espacio entre todos los individuos que debian habitar el arca, reservando 1,000 piés cúbicos para cada hombre, evaluando el número de las especies de mamíferos y aves á dos mil doscientas ochenta ó cuatro mil quinientos individuos, cifra verdaderamente exagerada, y concediéndoles 285,195 piés cúbicos para que estuvieran con holgura, el tercio de la capacidad del arca habria quedado libre para las provisiones de toda clase.

Una circunstancia afortunada y providencial me ofrece el medio de resolver mejor todavía la objecion suscitada sobre la insuficiencia del arca. Habia pedido al vice-almirante Paris las dimensiones, que yo no tenia á mano, del gigante de los mares, el *Great-Eastern*, construido por el célebre ingeniero inglés, M. Scott Russell, segun las indicaciones del hijo de un ingeniero francés no menos célebre, M. Brumel. Hélas aquí en piés ingleses: Longitud, 680; latitud, 82,6; hueco ó elevacion, 58 piés. El producto de dichas tres dimensiones, ó lo que pudiera apellidarse el tonelaje bruto del buque, es 3.350,080 piés cúbicos. Pues bien, las dimensiones del arca son tambien en piés

ingleses (el codo siendo igual á 25 pulgadas); largo, 525 piés; ancho, 104; altura, 82, y el producto de estos tres números es 4.030,000 piés cúbicos. La diferencia de los dos tonelajes es, en favor del arca, 685,920 piés cúbicos; es decir que esta es más grande aproximadamente de un quinto. Si el *Great-Eastern* lleva la ventaja sobre el arca, es solamente por la longitud evidentemente demasiado grande, con relacion á la amplitud. El volúmen de esta es notablemente mayor, lo que constituye ya por sí solo un hecho verdaderamente extraordinario, que revela en Moisés una ciencia muy vasta é inspirada. Dicho volúmen enorme no ofecia por lo demás inconveniente alguno ni hacia correr ningun peligro, porque el arca no debia ser botada al agua como el *Great-Eastern*; ella no tenia que aguardar sobre el astillero que las aguas la hicieran flotar. Mas hé aqui lo que añade el almirante Paris en la carta que se ha dignado escribirme: «Al principio, el *Great-Eastern*, destinado al servicio directo entre Inglaterra y Australia, debia tomar ochocientos pasajeros de primera clase, dos mil pasajeros de segunda y mil doscientos de tercera, total 4,000 pasajeros. Empleado en el trasporte de tropas, dicho buque pudiera tomar mil hombres. Antes que la primera expedicion á la China terminara con la toma de Pekin, ó decir que iba á enviarse á la China diez mil soldados más. Examiné el *Great-Eastern* bajo el punto de vista de dicho trasporte, y remití al ministro un informe detallado, del cual resultaba que aquel buque podia en efecto tomar á bordo diez mil hombres, y aun un gran número de caballos, descontando diez hombres por cada caballo á causa del forraje y de la ventilacion. Creo que habia combinado bastante bien mi negocio para asegurar el órden á bordo, y tenia ya en mi mente los nombres de los jefes que habian ejercido el mando de cada uno de los tres compartimientos, los cuales jamás se hubieran puesto en comunicacion. El informe fué remitido al Emperador que zanjó la dificultad, diciendo que no debian ponerse todos sus huevos en el mismo cesto.»

Si el *Great-Eastern* podía contener diez mil hombres, el arca, una quinta parte más grande, hubiera podido contener doce mil, cifra enorme, que, cotejada con la cifra de cuatro mil seiscientos veinte especies (cifra doblada de Linceo), prueba de la manera más evidente que el arca bastaba sobradamente para contener el mundo animal todo entero.

Concluylamos; aquí como en todas partes, la grandeza y majestad de los Libros santos son completamente abrumadoras, su verdad es esplendorosa como el sol.

Empero, admitiendo que los flancos del arca hayan sido harto capaces para contener el mundo animal todo entero, ¿cómo Noé hubiera podido reunir tantas especies esparcidas sobre toda la superficie de la tierra? Nosotros pudiéramos responder que las desigualdades de los climas que reinan hoy en la superficie de la tierra eran mucho menores antes del diluvio; que todas las especies animales tenían sin duda sus representantes en las regiones habitadas por los hombres; que de todos modos Noé, sus hijos y sus auxiliares hallábanse en el caso de los naturalistas, á los cuales los gobiernos confían la misión de explorar las playas más apartadas para traer de allí tipos, animales raros y desconocidos, y que ellos además tenían á su disposición mucho más tiempo del que se requería para hacer su cosecha. Mas todo esto es por demás humano; el abate M. Darras, y nosotros se lo agradecemos, se ha ocupado de la cuestión desde una esfera mucho más elevada. (*Historia de la Iglesia*, tomo I., página 276). «El Génesis no dice de ningún modo que Noé hubiera estado encargado de agrupar por sí mismo los animales que debían entrar en el arca. Moisés nos ha hecho ya asistir á la revista de todo el reino animal convocado delante del primer hombre á fin de que cada especie recibiera de este un nombre. Al leer la relación de dicha majestuosa escena, á ninguno se le ha ocurrido la idea de que Adán, para hacerla posible hubiera debido recorrer desde luego el universo y conducir á las campiñas del paraíso terrenal á todos los súbditos de su imperio. Lo que Adán no hizo, Dios que acababa de

crear todas las especies y todas las razas, lo hizo por un acto de su soberana y omnipotente voluntad. Pues bien, Noé tampoco tuvo que obrar de otra manera; el texto de Moisés es formal: «Toma, dice el Señor, un par de cada especie; no dice: *ve á buscar á lo lejos*, sino toma, como el pastor toma en medio de su rebaño la oveja que quiere escoger, como el general en medio de su ejército toma el soldado que le place designar. Ejército ó rebaño, en uno y otro caso, fué reunido por el Señor.»

Hemos visto ya que Filon el judío, eco fiel sin duda de la tradición de los hebreos, atestigua él mismo este hecho milagroso: «Ningun animal hizo resistencia; las bestias fieras, amansándose de repente, siguieron á su salvador, como un rebaño sigue á su pastor.» ¿Por qué, pues, Noé no hubiera debido participar del privilegio de Adán y de algunos santos personajes de los tiempos modernos, san Francisco de Asís y el P. Anchieta, de la Compañía de Jesús, que fué apellidado el nuevo Adán, porque en las selvas del nuevo mundo parecía ser verdaderamente el rey de la creación, y los animales más feroces eran para él unos servidores obsequiosos, unos súbditos adictos?

La pretendida imposibilidad respecto de Noé y su familia, es decir de que ocho personas bastaran para los cuidados que requería la presencia de tantos huéspedes, durante todo el tiempo de su reclusión, no deja de ser tambien una asercion enteramente gratuita. Nada era mas fácil, dice tambien el almirante Thevenard, que el cuidar, en los compartimentos destinados á cada par, ó á los diversos pares que podian ser alojados juntos sin inconveniente alguno, de los almacenes de aprovisionamiento para su subsistencia, sin que hubiera necesidad de un servicio cotidiano. El agua del cielo recibida por algunos canales distribuidos en todo el interior del arca podía bastar para abreviar á los animales y limpiar sus establos, sin que se tuviera que apelar al auxilio de la humana industria. Si se atiende además á la situación excepcional de los animales du-

rante el diluvio que los llenó de estupor y desaliento, se comprenderá desde luego que la ferocidad de algunos de ellos no debió de ningún modo ser un obstáculo para su pacífica morada dentro del arca; y se concebirá que, aun sin recurrir al milagro, la mayor parte de ellos pudieron pasar los días de su reclusión en una especie de entorpecimiento que facilitaba sus relaciones con el hombre, al paso que disminuía los inconvenientes de semejante aglomeración.

Moisés nos ha transmitido muy pocos detalles sobre la construcción interior del arca para que nos sea posible discutir las cuestiones de la ventilación y del alumbrado de aquellas tres especies y compartimentos. Al dar como resuelto el problema de la suficiencia del *Great-Eastern* para el transporte de diez mil hombres, durante una travesía de seis meses, el almirante Paris no deja ya lugar para las objeciones, y nosotros nos atrevemos á decir que la gran cuestión del diluvio y del arca se halla hoy ilustrada con una luz enteramente nueva, como hará ver con mayor claridad todavía el resumen siguiente con el cual terminamos.

I. Por más que hayan podido decir sobre ello ciertos enemigos de la revelación, Moisés ha podido y ha debido estar enteramente al corriente, no sólo del hecho fundamental del diluvio, si que también de sus circunstancias esenciales. Noé y su hijo Sem fueron evidentemente testigos de la catástrofe; Arphaxad, hijo de Sem, que nació dos años después del diluvio, fué también cast testigo de él, y su padre pudo notificarle aquel suceso con mucha certeza. Sem vivió cincuenta años después del nacimiento de Arphaxad; Abraham vivió doscientos cuatro años con Sem, Isaac cien años y Jacob cuarenta años. De Jacob á Moisés no hay, pues, más que cuatro cabezas ó caudillos, y si Moisés no vió á Jacob, su padre Amram lo vió ciertamente. La tradición del diluvio no debió, pues, pasar más que por

cuatro bocas á lo sumo para llegar á Moisés, pudiéndose concebir aun que sólo tuviera que pasar por dos bocas, las de Jacob y Amram.

II. La palabra de Moisés es precisa, circunstanciada y de una claridad que excluye todo equívoco. Las dimensiones del arca están dadas claramente, y la ciencia moderna ha venido á confirmarnos que dichas dimensiones son suficientes para el fin que debía conseguirse. La construcción de aquella embarcación colosal fuera sin contradicción una empresa considerable, aun para los hombres de nuestros días; mas los viajeros modernos han atestiguado que una obra semejante, por grandiosa que ella sea, no es sin embargo comparable á los monumentos gigantescos de la época de Noé, cuyas muestras subsisten á nuestra vista.

III. El diluvio, hecho histórico, incontestable, que las tradiciones judaicas, que han siempre celebrado y celebran siempre su recuerdo, nos han hecho casi tocar con el dedo, es una inundación sobrenatural en su objeto, natural á la vez y milagrosa en su agente físico, la precipitación de las aguas inferiores y de la atmósfera aérea (las cataratas del cielo) y de las aguas superiores y de la atmósfera etérea (los abismos), que fué general, y cubrió toda la tierra; mas que en rigor hubiera podido ser limitada á la tierra habitada extendiéndose á sus cimas mas elevadas, que no anduvo necesariamente acompañado de los trastornos y estragos que se le atribuyen por consecuencia, que no destruyó el reino vegetal, que por lo tanto no ocasionó necesariamente en todas partes depósitos diluvianos, cuya presencia deba atestiguar la geología; el diluvio no es por lo tanto de ninguna manera contrario á la ciencia.

El mar Muerto.— «Sucedió en aquel tiempo que Amraphel, rey de Sennar, y Arioch, rey del Ponto, y Chodorlahomor, rey de los Elamitas, y Adal, rey de las naciones, entraron en guerra contra Bara, rey de Sodoma, y Bersa,

BIBLIOTECA CENTRAL

rey de Gomorra, y Sennaab, rey de Adama, y Semeber, rey de Seboim, y el rey de Bala, que es Segor. Todos estos reyes se reunieron en el valle de los bosques, que es ahora el mar de sal.» (Génesis, cap. XIV, v. 1 y siguientes.)

Algunos versículos más abajo, la santa Biblia añade: «El rey de Sodoma y el de Gomorra, el de Adama, el de Seboim y el de Bala, allí mismo donde está Segor, salieron y ordenaron sus ejércitos en batalla contra ellos en el valle de los bosques... Pues bien, el valle de los bosques contenía muchos pozos de betun. Por eso los reyes de Sodoma y Gomorra, habiendo emprendido la fuga, cayeron en dichos pozos, y aquellos que les sobrevivieron huyeron á lo alto de la montaña.»

De esos diferentes versículos resulta: 1.º que el valle de Siddim, apellidado en la Vulgata «el valle silvestre» sin duda á causa de los bosques y de las vegas que le cubrían, y por los Setenta «el valle Salado» por razon probablemente de los depósitos salinos que en él se hallaban, estaba inmediato á las cinco ciudades de Pentápolis, mas no constituía el territorio de las mismas; 2.º que aquel valle hallábase ya lleno de pozos de betun; 3.º que él pasó á ser más tarde el mar Salado ó el mar Muerto; 4.º por consiguiente, que el mar Muerto es reciente.

Esa afirmacion de la Biblia hállase confirmada por el historiador Josefo, quien dice en términos expresos: «Habiendo llegado cerca de Sodoma, los cuatro reyes sientan sus reales en el valle apellidado los «Pozos de asfalto», puesto que los había en aquel sitio. Empero, despues de la destruccion de Sodoma, aquel valle pasó á ser el lago dicho Asfaltites.»

Sin embargo, M. Luis Lartet, que bajo la elevada y sabia direccion del duque de Luynes, ha estudiado el perimetro entero del mar Muerto, así como su cuenca en toda su extension, ha llegado á la conclusion de que el mar Muerto es no solamente anterior á la época de la destruccion de la Pentápolis, sino tambien que existía, en una edad

muy remota, y que precedió de muchos siglos á la aparicion del hombre sobre la tierra, mucho más extenso de lo que es ahora. Así termina una memoria presentada á la Academia de ciencias, en la sesion del 17 de abril de 1865: «Sea ello como fuere, para todo observador que trata de darse cuenta de la edad geológica y de la manera de formarse los relieves que circuyen la cuenca del mar Muerto, y que por otra parte está seguro de que sus más antiguos sedimentos no encierran traza alguna fósil de organismos marinos, es evidente que aquella depression continental no fué en su origen otra cosa que un receptáculo de aguas atmosféricas, cuya salumbre, debida á algunas circunstancias locales, háse acrecentado más y más bajo la influencia de una incesante evaporacion.» Nosotros debemos hacer observar desde luego que el jóven geólogo dijo al principio de su memoria, que él solo formulaba sus proposiciones con todas aquellas reservas, sobre el valor teórico, que pueden deducirse de las observaciones basadas sobre hechos muy complejos y algunas veces contraproducentes», (*Informes*, tom. LXII, pág. 797), y que añadia al terminar: «Los manantiales termales ó minerales, así como las emanaciones bituminosas que acompañaron ó siguieron las erupciones volcánicas, son juntamente con los terremotos que trastornan todavía aquellos paises los últimos fenómenos importantes, cuyo teatro fué la cuenca del mar Muerto.» (Página 799). Así por un lado, el problema que debe resolverse no carece de dificultades y misterios; y por otro, tenemos que la doble cuenca del mar Muerto tuvo varias fases sucesivas; ella fué modificada por algunos fenómenos volcánicos, cuya causa hállase hoy todavía en tela de juicio. Nada impide, pues, por una parte, que la cuenca del mar Muerto sea de formacion muy antigua, y por otra, que dicha cuenca haya sufrido en una de sus extremidades una modificacion profunda por algun hundimiento que pudo haber sepultado el valle de Siddim. M. Victor Guerin, el célebre é intrépido viajero, autor de la *Descripcion histórica y geográfica*

BIBLIOTECA CENTRAL